

habian solicitado, sino que se mandaba á los ministros que enseñasen que Dios no ha criado á nadie para condenarle, que quiere salvar á todos los hombres, y que á ninguno impone la necesidad de pecar.

Barneveldt estaba por los arminianos; pero el conde Mauricio de Nassau, que en aquel tiempo llegó á ser príncipe de Orange con motivo de la muerte de su hermano Felipe Guillermo, estaba por los gomaristas, ó mas bien contra el abogado general, que era el único que contrapesaba en la república el poder del príncipe. Barneveldt con su talento é instruccion dirigia á los burgomaestres y á la mayor parte de los magistrados; y Mauricio con sus dignidades, con su nobleza, con sus servicios y con los de sus antepasados tenia en su mano á los nobles y á los militares. Los que pretendian hacer su fortuna por las armas, eran del partido del príncipe: los que deseaban el orden y la tranquilidad, cuya conservacion depende de las leyes, estaban adictos al abogado general. Formaban los dos partidos una especie de equilibrio, que se sostuvo hasta que cansado el pueblo de disputas y de injurias llegó á los golpes, á las conmociones, á las armas y á todos los escesos que son presagios de la guerra civil. Entonces levantó tropas el príncipe, recorrió con ellas casi todas las ciudades, depuso los magistrados que favorecian al arminianismo, y dispó á los que habian tomado las armas sin su orden. No hallando ya ninguna resistencia, sacó una orden de los estados generales para prender á Barneveldt, lo que ejecutó al salir de la asamblea, con tanta tranquilidad como si se hubiera tratado del mas infeliz habitante del pais. Al mismo tiempo se prendió á su intimo amigo el célebre Grocio, el cual, estudiando continuamente las obras de los Santos Padres, habia conocido la mayor parte de los errores de Calvino, aunque nunca los renunció enteramente.

Celebróse despues el sinodo de Dordrecht (1618), que fué declarado nacional, y aun en

cierto modo se trató de hacerle ecuménico. Además de cuarenta y dos teólogos, elegidos con igualdad de número en cada una de las provincias unidas, concurrieron otros varios de Inglaterra, del Palatinado, de Brandemburgo, de Hesse, de otros muchos Estados de Alemania, de los cantones suizos de Berna, Basilea, Zurich, Schafusa y de la república de Ginebra. Se convidó tambien á los reformados franceses; pero su religioso soberano no quiso permitir que asistiesen, y fué necesario contentarse con el dictámen que enviaron por escrito los principales ministros de aquel reino. Protestaron los arminianos contra el sinodo, diciendo que no podia tenerse por legítimo, supuesto que ellos no tenian voto deliberativo, y que los gomaristas eran á un mismo tiempo partes y jueces. Este argumento no tenia réplica, tratándose de unos refractarios que por la misma causa no habian querido sujetarse á las decisiones de los PP. congregados en Trento; porque ó entonces no debieron separarse de la Iglesia, ó era preciso que despues sostuviesen invariablemente que no hay en la tierra potestad alguna que tenga derecho para juzgar de la doctrina y terminar las disputas que se susciten acerca de la Religion.

No solo se desmintió aquí la iniquidad con las obras y con la incoherencia de sus procedimientos, sino que, valiéndose del lenguaje é imitando la conducta de Trento, desechó el sinodo la protesta, y la declaró contraria á la práctica de los primeros concilios de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia, en que, como advirtieron los teólogos ingleses, los obispos que habian sido los primeros en oponerse á los errores de Arrio, de Macedonio, de Nestorio y de Eutiques, no dejaron por eso de ser sus jueces. Añadieron los de Hesse, que si hubiera de hacerse caso de semejantes esugios, no podrian congregarse jamás concilios legítimos, porque los doctores y pastores son siempre los primeros que se oponen á las heregias en su principio; que si en las disputas que se

suscitan acerca de la doctrina fuese necesario permanecer neutral para no perder el derecho de juzgar, no habria heregia que no se estableciese sin ningun obstáculo; y por último, que no se podia decir que los que condenan el error son jueces en su propia causa, porque cuando se decide cuál es la doctrina ortodoxa, no se trata de la causa de una persona particular, sino de la causa de Dios y de su Iglesia.

La decision de Dordrecht fué por el mismo estilo que los preámbulos. «Persuadido el sinodo de su autoridad por la palabra de Dios mismo (dijeron los sectarios) y siguiendo las huellas de los sinodos legítimos, declara y juzga que los que en la Iglesia se han hecho cabezas de partido y maestros del error, han corrompido la Religion, han despedazado la unidad cristiana y son objetos de escándalo. Por tanto, los declara el sinodo incapaces de todo oficio eclesiástico, de toda funcion, aunque solo sea académica, y los priva de sus empleos.» De este modo los protestantes, con una grosera inconsecuencia, se atribuian las prerogativas que osaban negar á la Iglesia católica, y llegaban hasta el punto de decretar penas que por su naturaleza daban á entender que ellos tenian sobre las cosas temporales derechos positivos que no querian reconocer en la verdadera Iglesia.

Se ejecutó esta sentencia con una severidad que no tenia ejemplar en la república. Barneveldt, primera victima del arminianismo, ó de la envidia del príncipe de Orange, habia sido ya sacrificado; sin que la intercesion del rey de Francia, el aprecio que se hacia de él en todas las córtes estrangeras, su celo heroico por la patria, sus servicios inestimables, su avanzada edad ni sus canas hubiesen sido capaces de salvarle la vida. Probablemente hubiera tenido Grocio la misma suerte, si no hubiese logrado evadirse mediante la astucia de su muger, la cual le encerró en un baul. Se persiguió cruelmente á los demas arminianos: se privó á unos de sus empleos, se desterró á

otros, y muchos padecieron una larga prision. Fué un delito irremisible no adherirse á un concilio celebrado por unas gentes rebeladas contra el concilio de la Iglesia universal, y fué mayor la crueldad con que se trató á los secuaces del calvinismo mitigado, que el rigor ejercido contra los sectarios mas impios por los principes católicos, á quienes con increíble descaro dan los protestantes el nombre de perseguidores.

Con ocasion del arminianismo se celebró tambien en Delpht un sinodo particular que estableció los mismos principios que el sinodo nacional, acerca del régimen de la Iglesia y de la infalibilidad de sus decisiones. Se declaró en él, que asi como Jesucristo prometió su Espiritu á los Apóstoles para enseñarles toda verdad, del mismo modo prometió á su Iglesia que estaria con ella hasta la consumacion de los siglos; que reuniéndose los pastores de diferentes paises del mundo cristiano para juzgar de la doctrina, es necesario creer firmemente que Jesucristo, segun sus promesas, ilumina á este concurso con su Espiritu Santo, y le dirige de tal manera que nada decide contra la verdad; y que ni habria orden ni paz en la Iglesia de Dios, si cada uno tuviese la libertad de enseñar, sin sujetar su doctrina al juicio del sinodo. Muy evidentes deben de ser estos principios, cuando obligan á dar tales testimonios; pero ¿qué vendados tiene los ojos el que no sabe hacer de ellos una aplicacion que no es menos clara que los principios mismos!

El siglo XVI habia sido tan fecundo en producciones monstruosas, que no es de admirar que se propagasen en el siguiente. A principios del siglo XVII un infeliz sacerdote, llamado Vanini, se atrevió á predicar el ateismo puro en algunas de las mayores ciudades de Francia y aun en la capital de este reino. Le prendieron en Tolosa, y en 1619 le condenaron á morir en una hoguera despues de haberle cortado la lengua. Habiéndole mandado que se retractase públicamente y pidiese perdon á

Dios, al rey y á la justicia, respondió que no entendia de Dios, ni habia ofendido al rey, y renegando de Dios y reconociendo diablos dijo que les daba la justicia (1). Habia nacido este mónstruo en los peñascos de la Pulla. Al bautizarle, le pusieron por nombre Lucilo; pero él le abjuró, y tomó el de Julio César, como que era mas conforme á su corazon pagano. Viajó é hizo varias mansiones en Alemania, Inglaterra y Ginebra, donde aquel reptil impuro recogió los venenos que muy en breve esparció por todas partes en el corto espacio de su carrera que no pasó de treinta años. Confesó que habia salido de Nápoles con once compañeros para dividirse en las varias regiones de Europa, y esparcir en ellas su doctrina: maquinacion que se tendria por una quimera, si en el siglo XVIII no se hubiese renovado el escándalo de un apostolado semejante. Vanini publicó en Paris el año 1616 un libro intitulado *de los secretos admirables de la naturaleza y de la divinidad de los mortales*; lo cual es un rasgo todavia mas particular de semejanza entre el emisario de los ateos del siglo XVII y tantos órganos desvergonzados de los materialistas del XVIII.

La muerte del emperador Matias, sucedida en 20 de marzo de 1619, acabó de sumergir la Alemania y sus varias sectas en aquel abismo de turbulencias, disensiones y calamidades, de que no se vió libre hasta despues de veintinueve años. Estaba el mal muy inveterado. Habiendo sido Rodulfo II despojado de la Hungría por su hermano Matias, y temiendo perder tambien la Bohemia, habia concedido muchos privilegios á los protestantes de este reino para tenerlos propicios, bien que por eso no se libertó de la necesidad de cederla á Matias, del mismo modo que la Hungría. Poco despues se ciñó Matias la corona imperial, y quiso po-

(1) Mem. de Trev. Marz. 1711.

ner limites á estos privilegios, á lo menos interpretándolos; y se empeñó entre otras cosas, en que el permiso de edificar templos no se extendia á los territorios que eran del dominio de la Iglesia. Los sectarios despreciaron sus órdenes, se juntaron en forma de córtés en la capital de Bohemia, y á instancias de sus sediciosos ministros reconocieron por su gefe al conde de Thurne ó de la Tour, uno de los señores mas poderosos del pais, el que estando dominado de una ambicion escensiva, tenia todo el valor y destreza que se necesitaban para sostenerla. El primer cuidado del gefe de la rebelion, que conocia la indole variable de aquellos pueblos, fué empeñarlos de tal modo que nunca pudiesen volver pie atrás. Acompañado de un gran número de rebeldes bien armados, pasó á la sala del Consejo de Estado, se quejó en nombre de los protestantes con una altivez dirigida á irritar los ánimos de los consejeros; y habiéndole amenazado estos con la indignacion del emperador, mandó que arrojasen por un balcon al presidente, al consejero conde Martinitz y al secretario del Consejo. Despues se apoderó del castillo, obligó á todos los habitantes de la ciudad á prestar juramento de fidelidad á las córtés, creó treinta directores para el despacho de los asuntos del reino, y solo pensó en levantar un ejército para oponerse, como él decia, á los enemigos de Dios y de la Religion.

Si el emperador Matias hubiese tenido tanta actividad para conservar sus vastos dominios como la habia mostrado para adquirirlos, habria sin duda alguna sofocado la rebelion en su origen; pero en vez de echarse desde luego sobre los rebeldes con todas sus fuerzas, se contentó con dirigirles cartas prohibiciones y amenazas, y les dió tiempo para formar buenas tropas, para recibir otras de los países extranjeros, para ocupar plazas fuertes, para cerrar los pasos, para hacer almacenes y para recoger mucho dinero. Por último, fué necesario que Matias acometiese á sus propios súbditos,

como á unos enemigos extranjeros, y se le mostró tan poco favorable la suerte de las armas, que el conde de la Tour, despues de haber sujetado toda la Bohemia, llevó la guerra al Austria y llegó hasta nueve millas de Viena. Entretanto, despues de haber publicado los rebeldes que solo pretendian ser tratados del mismo modo que los católicos, ejercian contra estos todos los rigores de que nunca dejan usar los sectarios cuando son los mas fuertes. Los escluyeron absolutamente de todos los empleos: encarcelaron á unos, confiscaron los bienes de otros, y se apoderaron de las principales iglesias. En esta confusion, que duró mucho tiempo, murió Matias, dejando por heredero de todos sus Estados, con el consentimiento de sus hermanos los archiduques Alberto y Maximiliano, que no tenian hijos, á su primo Fernando, coronado ya rey de Bohemia y de Hungría. Cinco meses despues fué Fernando elegido emperador á 28 de agosto del año 1619, á pesar de todas las cábalas y oposiciones del partido de los rebeldes. Pero todo esto no era mas que acumular en la cabeza de aquel principe titulos sin poder alguno.

Tenia un verdadero celo por la fé, y bastó esto para que le aborreciesen de muerte los sectarios. Los de Bohemia se empeñaron en que era propio de las córtés del pais elegir rey, y formaron una confederacion con los de Silesia, Moravia y Lusacia, para su defensa comun, esto es, para sacudir toda dependencia. Bethlen-Gabor, ó Gabriel Bethlen, caballero calvinista, que habia usurpado el principado de Transilvania á sus bienhechores los Batoris, se unió á los bohemios, con el designio de apoderarse tambien de la Hungría. Entró en este reino con un ejército numeroso de transilvanios, y ejerció allí contra los católicos las tiranías ordinarias á las sectas victoriosas. Los mejor librados fueron las que se desterraron á sí mismos, dejando todos sus bienes en manos del enemigo. Comunicándose de unos en otros el espíritu de rebelion, como una enfer-

B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.

medad epidémica, se esparció por todos los países hereditarios de Fernando, y aun por el Austria propiamente tal, cuyos Estados se negaron á prestarle el juramento acostumbrado de fidelidad.

Sin embargo, como era temible que este vértigo no durase mucho, y que llegando á reunirse las fuerzas de la casa de Austria acabasen por último con los rebeldes, tomaron los de Bohemia el partido de solicitar la proteccion de un principe capaz de contrapesar el poder de esta casa. Federico V, elector palatino y señor de otros dominios considerables de Alemania, yerno del rey de Inglaterra y sobrino del principe de Orange, del cual es regular que esperase grandes socorros, pero aun mas poderoso por su calidad de gefe de la union protestante, fué el principe á quien se dirigieron; y deslumbrado Federico con la brillantez del trono, sin considerar los precipicios que habia alrededor del de Bohemia, aceptó la oferta que se le hizo, persuadido por una ambicion, con apariencia de celo, que el mismo Dios le llamaba á él; y marchó desde luego á Praga, donde fué coronado solemnemente con extraordinario gozo de los pueblos. Pronto fué necesario suspender los regocijos y pensar en las armas. Con los socorros y servicios personales del duque de Baviera habia ya sujetado el emperador los Estados de Austria. Habiendo entrado los españoles en el palatinado, hicieron una diversion poderosa. La liga católica y todos los aliados de Fernando le socorrian, cada uno segun su posicion y sus facultades. Le proporcionó el Papa considerables sumas de dinero, y le enviaron tropas algunos principes de Italia. Aun el elector de Sajonia, gran protestante, pero rival secreto del palatino, y animado con la esperanza de adquirir la Lusacia, sirvió al emperador con tanto celo que se le encargó de la ejecucion del decreto imperial, fulminado contra los rebeldes, para arrojarnos de los dominios de Fernando.

Federico por su parte recibió tropas de la

union protestante, del príncipe de Transilvania, y algun dinero de Inglaterra; pero la indolencia del rey Jacobo no le permitía cargarse con todo el peso de una guerra no menos molesta que dispendiosa, en que se había metido su yerno á pesar de todos sus consejos: de suerte que el nuevo rey de Bohemia se vió reducido á hacer los gastos de la guerra casi únicamente con sus vasallos, los cuales no tardaron en levantar el grito, quejándose de los impuestos, y respetaron poco una corona que les costaba tan cara. Como el príncipe tenía destreza y valor, se hallaba con buenos generales, y se veía en la necesidad de reinar ó de ser fábula de Europa, luchó un año entero contra su destino, y aun llegó á conseguir varias ventajas. En fin; el día 8 de noviembre de 1620, se dió la batalla decisiva de Praga, en que habiendo estado incierta la victoria diez veces en el espacio de una hora, se declaró por fin tan completamente á favor de los imperiales, que huyeron los rebeldes cada uno por su lado, dejando en el campo de batalla artillería, banderas, y cinco mil muertos, sin contar los que se ahogaron por querer pasar á nado el Molda. Se sometieron primeramente Praga y toda la Bohemia, y luego la Silesia y la Moravia. El elector de Sajonia redujo la Lusacia. Se concedieron condiciones ventajosas al príncipe de Transilvania para hacer la guerra con mas vigor en Alemania. Pasando el desgraciado palatino desde la dignidad Real á la de elector, para perder tambien muy en breve esta herencia de sus padres, se escapó casi solo, sin haber podido reunir ninguna porción de su ejército, y fué á los países extranjeros á hacer el triste papel de un soberano sin Estados. Quedó absolutamente despojado de todos sus dominios, como tambien del título de elector, el cual pasó al duque de Baviera, y no volvió á la casa palatina hasta la paz de Westfalia, seis años despues de la muerte del infeliz Federico.

El rey Cristianísimo sujetó por aquel mismo tiempo á los cántabros ó bearneses, no me-

nos impacientes entonces del yugo de la Religión que del de los romanos lo habían sido sus antepasados. En los sesenta años que pasaron desde que Juana de Albret, reina de Navarra, hizo de la provincia de Bearne un asilo inviolable para los hugonotes, y especialmente para sus ministros mas furiosos, quedó abolida la misa y todos los ejercicios del culto antiguo: fueron echados de sus iglesias y despojados de sus bienes los clérigos y frailes, y se privó al pueblo católico de todos los auxilios necesarios para sostenerse en la opresion y en la práctica de su Religión. El clero había informado de estos excesos al rey en las últimas córtes, esforzándose para hacerle comprender cuánto importaba á su gloria, que no se dijese que en el imperio del hijo primogénito de la Iglesia eran peor tratados muchos hijos suyos que en la capital de Turquía, donde los católicos tenían sus pastores, sus iglesias, las instrucciones del púlpito, el uso de los sacramentos, y generalmente todos los medios para salvarse. Conmovido fuertemente el monarca, trató de este punto con los ministros y con los grandes que eran mas de su confianza, los cuales por la mayor parte mostraron tan buenas disposiciones como el príncipe con respecto á la Religión. A pesar de las maquinaciones y enredos de los religionarios, se espidió un edicto, mandando que en la provincia de Bearne se restableciese el ejercicio de la Religión católica, apostólica romana, y que á los eclesiásticos seculares y regulares se les reintegrase en la posesion de sus bienes y de todos sus privilegios, de cualquiera naturaleza que fuesen.

Pero desde aquel tiempo se había diferido siempre la ejecución, al principio por los artificios de los calvinistas, los cuales pidieron que á lo menos presentase antes el clero sus títulos y razones; y despues por los chismes domésticos de la corte y por la evasión de la reina madre, cuyo descontento daba motivo para que se temiese una guerra civil; lo que no dejó de aumentar la resistencia y la auda-

cia de una secta siempre pronta á rebelarse cuando podia prometerse alguna ventaja. Seguidas las turbulencias, quiso Luis verificar por sí mismo la ejecución de su edicto. Ni el largo viage, ni los malos caminos, ni el rigor de la estación, ni otras mil dificultades que se le propusieron, fueron capaces de detenerle. Marchó sin dar oídos á nadie, y como iba bien acompañado, muy pronto pudo felicitarle de su empresa. Apenas había pasado de Tolosa, cuando se le dió la noticia de que el parlamento de Pau había registrado el edicto y todas las disposiciones que le confirmaban. No dejó por eso de ir adelante, por mas protestas de obediencia que le hizo la Force, gobernador calvinista de la provincia de Bearne, y hasta entonces uno de los mas contrarios al edicto. A cinco leguas de la capital de la provincia salieron á preguntar al rey, qué ceremonia quería que se observase en su entrada: «Me apeare en la iglesia (respondió), si es que la hay, y si no la hay, entraré sin ceremonia, porque no me estaria bien recibir honores en un lugar donde Dios no es glorificado.» Desde luego mandó que se celebrase una misa solemne en Navarreins, y despues puso á los católicos en posesion de la iglesia catedral de Pau, donde celebró el obispo delante del monarca, con una pompa que pudo servir de reparacion al dilatado abatimiento en que aquel baluarte de la heregia había tenido á nuestros adorables misterios. Antes de regresar dió el rey todas las disposiciones y tomó las providencias mas eficaces para el perfecto restablecimiento de la Religión.

En el mes de octubre del mismo año 1620 publicó el senado del Piamonte un edicto, espatriando de todos los Estados del duque de Savoya á los que profesaban la falsa religion reformada, y el duque trató de su ejecución con un vigor que daba bien á entender cuán de su gusto era aquella providencia.

Tanto número de brechas reparadas en menos de un año en la casa de Dios, fueron un gran motivo de consuelo para el piadoso Pontífice Paulo V antes del fin de su carrera, la que se terminó á 8 de enero del año siguiente. Había atendido con la mayor diligencia á curar los males y socorrer las necesidades de la Iglesia, y se puede decir que dirigió todos sus conatos á aumentar su gloria y esplendor. La alta idea que tenía de la autoridad pontificia, fué causa de que alguna vez se comprometiese quizá en algun paso aventurado; pero los críticos que pretenden se dejó arrebatarse de su celo, convienen en que siempre fué recto en sus designios y generoso contra sí mismo, dió el ejemplo de gran corazon y de gran Papa, que sabe condenarse cuando se siente culpado y reparar sus faltas. Tuvo tambien la gloria particular de mostrar mas interés que sus predecesores en la conversion de las Indias, y de tantos países idólatras comprendidos bajo este nombre, enviando á ellos muchos operarios evangélicos. Es digno de notarse que estableció mas órdenes religiosas y congregaciones eclesiásticas que ninguno de los Papas anteriores. Estaba persuadido de que como Dios no llama á la piedad á todos los hombres por un mismo camino, era necesario multiplicar sus asilos en cuanto fuese posible. Otra señal bien manifiesta de su piedad personal es, que, á pesar de sus enfermedades y de los negocios espinosos que ocurrieron en su tiempo, no dejó de decir misa ni un solo día de su Pontificado, sin exceptuar aquel en que fué acometido de la enfermedad de que murió. Tenía entonces sesenta y nueve años, y había durado su Pontificado cerca de diez y seis. Rasgo es notable de la Providencia de Dios con respecto á su Iglesia, que los Pontífices mas dignos hayan sido casi siempre los que han ocupado mas tiempo la Silla Apostólica.